

## Capítulo 737: Reunión / Separación

—Aww, otra vez con esa cara de enfadado —se quejó Gaia, haciendo un puchero—. ¿De qué sirve tener esa cara irresistible si no la vas a lucir?

La madre tierra llevaba menos de un minuto allí y ya estaba acosando a Abaddon.

Nyx, Bekka y Lillian estaban furiosas.

—Espera, ¿por qué estás enojada? —se dio cuenta Lillian.

—¡Porque soy la única a la que se le permite acosar a cualquiera de vosotros! ¡Es mi privilegio divino, como vuestra compañera de casa! —Nyx sacó pecho.

—...Perra, eso no es tu...

—Estaba en el contrato de alquiler que firmé cuando me mudé —Nyx sacó un trozo de papel arrugado, con una letra escrita a mano con crayón, que resultaba demasiado familiar.

—¿...De verdad hiciste que nuestra hija te redactara esto?

—Eso no viene al caso —Nyx guardó los supuestos documentos importantes en su escote.

Bekka se interpuso entre su marido y Gaia. Su cuerpo rezumaba una ferocidad que daba escalofríos, incluso a estos antiguos dioses.

—Te pregunté cómo seguías viva. Me gustaría que me respondieras antes de que te destroce de nuevo.

Gaia simplemente sonrió inocentemente.

—La naturaleza perdura, amiga peluda. Puede que hayas destruido mi alma, pero mi cuerpo permaneció intacto, ¿no es así? Así que me quedó más que suficiente para regenerarme, después de que me dieras ese mordisco tan grosero.

—Entonces, ¿todo lo que tengo que hacer la próxima vez es devorar toda la Tierra? Entendido.

Los dioses: —Por favor, no hagas eso.

—¡Entonces más vale que alguien mantenga a esta perra lejos de mi marido, o vuestra reserva de adoradores se va a reducir irreversiblemente!



Amón, con buen juicio, intentó apartar a Gaia de Bekka, antes de que pudiera enfadarla más.

Pero justo antes de que el lío se resolviera definitivamente, un individuo inesperado habló.

—No entiendo tu atractivo con las mujeres.

Gaia se quedó helada al instante.

—¿Y qué se supone que significa eso, hijo?

—Te he observado con atención. No hay un solo pensamiento en tu cabeza que no sea de mis madres o de tus programas deportivos de la tele.

—¿Y en qué pensabas tú cuando guardabas toda esa negatividad durante milenios?

—En los dulces gritos de agonía de los malvados. ¿Hay algo más importante?

—... —Abaddon empezaba a preguntarse si quizá Bash se beneficiaría de ir a la escuela con otros niños, al menos por un tiempo.

Pero con solo pensar en las posibles bajas, abandonó la idea de inmediato.

—¿...eres... realmente tú?

Gaia parecía haber perdido toda su vulgaridad anterior, de forma sorprendentemente rápida.

En vez de eso, flotó hacia Abaddon y su hijo, intentando rodear a Bekka.

—Eres tú, ¿verdad? ¿Tartaro?

Todos los presentes sintieron que los ojos casi se les salían de las órbitas.

A esas alturas, todos sabían que Abaddon ya había recuperado los inframundos.

Pero, aunque eran conscientes de ello, todavía no se les había ocurrido que Tartaro no desapareció, simplemente al ser tomado por el dios dragón.

La mayoría pensaba sinceramente que lo había reabsorbido por completo, borrando sus almas y todo.

Y siendo justos... nadie podía culparlos por pensarlo, ¿quién habría imaginado un resultado como este?

Hacía tiempo que Bashenga no oía su antiguo nombre, y por un momento pareció sentirse algo nostálgico, por sus “días de gloria”.





Pero al final borró la sombra de una sonrisa y entrecerró los ojos hacia la mujer de pelo verde.

—¿No me reconociste? Me pregunto si eso te habría impedido intentar seducir a este gran imbécil, justo delante de mí.

Normalmente, Abaddon habría reprendido a su hijo, por la forma poco amable en que se refirió a él, pero el pequeño Bash parecía estar en racha, así que Abaddon lo dejó pasar esta vez.

Gaia tartamudeó sus palabras, mientras sonreía, sin poder controlarse delante de todos.

—S-Sobre eso... Verás, era solo un poco de aburrimiento, nada más. Le habría dado mi cuerpo, pero tú eres el único que siempre tuvo mi corazón.

Bashenga nunca se había sentido tan insultado en toda su segunda vida.

Pero Bash no montó un berrinche, ni se volvió irracional con ella.

...bromeaba.

—¡Perra, estás muerta para mí!

—¡E-Espera! Esa no es forma de tratar...

—Cállate.

Lillian cubrió con fuerza la boca de Gaia con un tentáculo.

—¿Mmf?!

Su mirada estaba fija abajo, donde su hijo estaba a punto de empezar la pelea de su vida.

—Está empezando.



—He sido paciente demasiado tiempo. Millones de años, viendo cómo lo que debería ser mío era protegido por ese dios del sol beligerante, que apesta a esperanza.

Noche tras noche, mi visión perfecta me es arrebatada y reemplazada con este maldito símbolo de orden.

Pero mi caos se expande con el paso de los días.

El desorden, que crece entre la humanidad, ha llevado mis poderes a nuevas alturas. Soy más poderoso que nunca.

Y aun así, mi hambre sigue creciendo.

Me pregunto cuánto más crecerá mi poder cuando te consuma.

Con el respaldo mismo de las aguas del abismo y una nueva posición como heredero, ¿quién se atrevería a oponerse a mí?

Tu llegada fue gloriosa para mí. Encendió un sinfín de posibilidades, en mi visión antes limitada.

¿Por qué debería conformarme, con llevar las aguas de mi caos solo a una tierra, en una sola versión de la realidad?

Sumergiré cada rincón de cada existencia en mi gloriosa oscuridad.

No habrá luz. No habrá alegría. Todos solo conocerán el desorden y la confusión. Y tú serás mi conducto para lograr este cambio.

O... quizá no seas tú.

Ya he visto tus recuerdos.

Tu padre haría cualquier cosa por su “hijo”, ¿verdad?

Un traqueteo maniaco rebotaba en el cráneo de Apophis como pelotas de tenis contra cemento.

La risa de Apep era inquietante. Lo ridiculizaba sin parar, con el objetivo de volverlo loco, antes de que la batalla empezara.

Casi lo consiguió.

Pero de alguna forma, Apophis mantuvo la calma y no dejó que la bestia lo perturbara.



Estaba demasiado enojado para eso.

Escamas doradas se extendieron por su rostro y músculos, mientras su espalda ardía en llamas.

Ocho alas ardientes, de oro y fuego púrpura, se desplegaron detrás de él, como el aura vengativa de un dios.

Una espada curva y brillante apareció en su mano. Las runas de la hoja brillaban con expectación.

Apophis podía ser torpe al hablar en los momentos importantes. Sus esposas lo sabían. Sus hermanos y padres también.

Y aun así, después de escuchar todo lo que había dicho su temido alter ego, su mente estaba probablemente más clara que nunca.

— No estoy seguro de que estés muy versado en literatura humana. Un tipo como tú seguramente ni se molesta con esas cosas, ¿eh?

Pero para que lo sepas, tienen un nombre para este tipo de cosas.

Chaoskampf. (*Batalla del Caos*)

Su significado habla de un tema recurrente en toda mitología: una batalla predestinada, entre una gran serpiente, bestia... o dragón, y un dios del Orden o de la Guerra.

Lo curioso, es que este tipo de mito casi siempre va seguido de algún gran acto de creación o de un nuevo acontecimiento en el mundo mortal.

Realmente me hace preguntarme... ¿qué pasará exactamente con mi familia cuando te mate?

El siseo de Apep era tan venenoso, que podía quemar los oídos.

La serpiente decidió por fin que estaba cansada de esperar a que Apophis cayera ante él. Ahora, perseguiría a su presa él mismo.

Con un rugido de locura, los dos cerraron la distancia para enfrentarse, con una desventaja aparentemente mortal entre ambos.

Uno era un gran dios primordial, con miles de años y más grande que cualquier cosa que la mayoría hubiera visto en su vida.

El otro era un joven de no más de dos, que resultaba ser el hijo del monstruo más temido de toda la mitología.

El ganador de la batalla debería haber sido obvio. Tal vez, incluso se decidiría en un solo movimiento.





Pero cuando los dos grandes poderes chocaron, las circunstancias fueron sorprendentemente distintas.

Estaban completamente igualados.

Cuando una explosión sacudió este espacio indefinible, llamas doradas y púrpuras ardían contra un miasma rojo y negro.

La espada de Apophis presionaba contra una sola escama del cuerpo de Apep.

Y aun así, no estaba siendo empujado hacia atrás.

Le costaba hasta la última gota de fuerza en su cuerpo, pero se mantenía firme. Y podía sentir que su enemigo estaba esforzándose igual que él, sin conseguir ninguna ventaja clara.

Su primer choque acabó en un punto muerto.

Pero Apophis sabía que no podía quedarse ahí, empujando contra esa serpiente indomable.

Así que fue el primero en romper el bloqueo.

Su cuerpo dio un salto mortal sobre la espalda de Apep, provocando que la serpiente del caos mordiera nada más que aire vacío.

En un sorprendente giro de los acontecimientos, el joven príncipe lanzó su espada al aire.

Las runas, a lo largo de su arma, brillaron con tanta intensidad, que habrían cegado a hombres mortales.

A su orden, el arma aumentó de tamaño.

En segundos, pasó de tener la longitud normal de un khopesh a ser un arma capaz de dividir un continente en dos.

Apep sintió la enorme cantidad de energía acumulándose detrás de él.

Giró su capucha, justo a tiempo, para ver una enorme espada dorada acercándose, pero no lo bastante rápido como para esquivarla.

Bajo la mirada atónita de todas las deidades primordiales presentes, Apep, la temida Serpiente del Caos de la mitología egipcia, perdió un ojo.

